

## SEGUNDA PARTE

### DOS AÑOS DESPUES

---

#### CAPITULO PRIMERO

EL 22 DE JUNIO DE 1866

Ya sabemos el término que tuvo el trastorno inmediatamente producido por la rebelión militar de 1854. Los dos partidos aliados vinieron al fin á las manos, y anduvieron á cañonazos durante dos días, ensangrentando patrióticamente las calles de Madrid. Los progresistas, más lógicos que sus adversarios, querían atropellar una vez más la regia prerrogativa, que se había decidido en favor de O'Donnell. Y francamente, tenían razón; porque ¿dónde existía ya semejante prerrogativa?.. ¿Y era acaso la unión liberal la que podía amparar sus ambiciones de partido á la sombra de ese derecho, por ella misma violado?.. Pero no tenían razón; porque su concurso en el poder hacía imposible el orden en la administración, y ni aun siquiera consentía la materialidad del orden público. Llegó el momento supremo de la crisis, y ambos partidos, igualmente armados, rencorosos y conspiradores, presentaron al trono la cuestión, reclamando cada uno para sí, en actitud amenazadora, el fallo favorable.

O'Donnell ó Espartero.



La corona, no en su alta sabiduría, sino bajo la presión de las circunstancias, optó por O'Donnell, que le ofrecía más seguridades; se dió la batalla, y el ejército deshizo á balazos su propia obra. Desapareció Espartero de la escena del mismo modo que desaparecen los personajes en las comedias de magia cuando el escotillón se los traga, y fué á llorar en su retiro de Logroño las ingratitudes de la libertad, mientras O'Donnell, sin dejar el ministerio de la Guerra, constituía bajo su presidencia el nuevo Gobierno que iba á regir los destinos de la nación. La espada de Lucena obscureció para siempre á la espada de Luchana.

¿Qué dejó la sedición de 1854?.. Dejó un trono humillado, el caos en todas las esferas del gobierno, el tesoro exhausto, la autoridad vilipendiada, la corrupción que engendra la licencia, rastros de sangre en casi todas las poblaciones de España, la ruina del comercio, la agonía de la industria, la miseria pública, los incendios de Valladolid, la deuda aumentada con gastos escandalosos y con empréstitos desesperados; en fin, el germen desastroso de la indisciplina y de la rebelión en las entrañas del ejército y el feo de una Constitución *nonnata*.

Por un sentimiento de honradez y de dignidad, que no sería justo negarle, el general O'Donnell se propuso contener los desastrosos efectos de su obra; pero, demasiado soberbio para reconocer y confesar su falta, se obstinó en justificarla y enaltecerla, y como Dios ciega á los que quieren perder, lo abandonó con suprema justicia á la ley inexorable de su fatal destino.

Contaba el general O'Donnell, para llevar á cabo su propósito, con el ejército, que, en efecto, le ayudó á mantener el ejercicio de la real prerrogativa, de la misma manera que dos años antes lo había seguido para atropellarla, y contó además, para perpetuarse en el gobierno, con cuatro mil millones de reales que produjo el nuevo despojo

hecho á la nación y á la Iglesia, decretado por aquellas Cortes Constituyentes. Nada conservó de cuanto hizo la asamblea de los aliados; la Constitución fué enterrada antes de nacer, y las leyes orgánicas fueron inmediatamente abolidas...; pero mantuvo en vigor las leyes en que los rebeldes se otorgaron toda clase de premios y mercedes: la escandalosa ley del abono de los once años y la ley desamortizadora (1). Hay que volver á repetirlo: *Quos Deus vult perdere, prius dementat*.

Con cuatro mil millones delante, y cien mil soldados detrás, O'Donnell se las prometió muy felices. Lisonjeóse á los vencidos, reconociéndoles el mérito de la rebeldía en la confirmación de los premios que por ella se habían otorgado; se aduló al trono, prometiéndole la inalterabilidad del orden público; se acordó en los conciliábulos del nuevo poder el exterminio de los que no quisieran doblar la rodilla ante la divinidad naciente, y se compraron cuantos partidarios quisieron venderse. Comenzaron de nuevo las intrigas palaciegas arriba, se reanudaron abajo los hilos rotos de la conspiración permanente, y dió principio la gran francachela de la unión liberal, que, con ligeras interrupciones, duró diez años.

Un periódico de aquel tiempo (*El Clamor Público*, si no recuerdo mal), juzgando los sucesos de 1856, que pusieron término al trastorno de 1854, terminaba con estas proféticas palabras:

«Para Espartero el olvido, para O'Donnell la expiación.»

(1) Únicamente se suspendió la ejecución del decreto concediendo pensiones á los huérfanos, viudas y padres de los patriotas muertos ó inutilizados en las barricadas. Ríos Rosas, como ministro de la Gobernación, mandó verbalmente la suspensión indefinida del curso de estos expedientes, que, ¡oh prodigio!, empezaron á ser innumerables. Ni en la batalla de Clavijo hubo, según el número de estos expedientes, más muertos ni más heridos.



Nadie hizo entonces, ni ha hecho después, mérito alguno de esas palabras, que se han cumplido al pie de la letra.

O'Donnell, sinceramente católico, persigue á los obispos, coarta la libertad de la Iglesia y reconoce las usurpaciones del Piamonte.

O'Donnell, militar pundonoroso, es el jefe de una sedición militar y el dispensador de gracias y honores á los rebeldes.

O'Donnell, monárquico tradicional por carácter, por educación y por origen, se subleva contra el poder real, y le impone la perpetuidad de su dominación, como la única prenda segura de su lealtad.

O'Donnell, aristócrata orgulloso del nobiliarismo de su estirpe, tanto que sus lisonjeros han creído ver sangre real en sus venas, llega hasta á hacerse cómplice de los *descamisados*; más aún, cortesano de los demagogos. Rivero, en pleno Parlamento, lo llamó el gran institutor de la democracia.

O'Donnell, en fin, sobrio, modesto, sencillo en sus costumbres privadas, consiente el despilfarro por sistema, el lujo mentiroso de una prosperidad aparente, y acepta la interesada adhesión de los especuladores políticos, que acuden á depositar á los pies del ídolo sus caras lisonjas. Al amparo de su espada se celebraron todas aquellas contrataciones públicas, que fueron designadas con el nombre de *resellamientos*.

No es fácil hallar contradicción más constante y más deplorable entre el carácter y la conducta de un hombre.

El talento del general O'Donnell no traspasaba los límites de la medianía, pero estaba dotado de cierta penetración y de cierta tenacidad, que, unidas á un gran sentido práctico, tomaban el aspecto de dotes de mando. Su ignorancia, poco común en hombres que llegan á tanta al-

tura, estaba compensada por gran conocimiento de los hombres; tenía una idea tristísima del género humano, la idea que forzosamente había de sugerirle la lucha de ruines pasiones y de viles intereses en que se hallaba empeñado, sobre los que no supo nunca elevarse.

A mi juicio, si O'Donnell hubiera sido un hombre civil, no habría salido de la obscuridad en que vive y muere la gran mayoría de los hombres; pero elevado á las primeras dignidades de la milicia por sus actos militares, pudo ser el personaje necesario en el momento en que la fortuna comenzó á favorecer sus deseos de mando, de autoridad y de dominio.

Indudablemente al encontrarse dueño del gobierno, sin rival que pudiera formalmente disputárselo, pensó en el bien público, quiso la paz, el orden y la justicia; mas no tuvo el valor de su noble propósito, y en vez de imponer silencio á la algarabía de los partidos, comerció con ellos, negociando la falsa popularidad de los intereses egoístas, que se creyeron asegurados de nuevos trastornos. La Bolsa empezaba á subir: ¿qué más podía pedirle al jefe del nuevo gobierno?

Tengo para mí que su influencia en el palacio real más era debida al miedo que infundía que al afecto que inspiraba; porque no se resignaba á vivir tranquilamente en Logroño, como Espartero, ni buscaba en las delicias de París, como Narváez, el olvido de las desazones políticas; O'Donnell caía siempre amenazando; su presencia en Madrid era un temor para la corona y una esperanza para los partidos revolucionarios. La política de la unión liberal consistía únicamente en hacer imposible todo gobierno que no fuera el suyo; se había adjudicado la perpetuidad del poder por derecho de conquista, y transigía con todo menos con abandonarlo; el poder era su elemento indispensable de vida, y ningún partido político ha sentido nunca más



ferozmente el ciego instinto de la propia conservación. Por una fatal consecuencia del estado de las cosas y del creciente descreimiento de los hombres, surgió el mercantilismo político, y la unión liberal, tal vez á despecho de los hombres honrados que en ella militaban, semejante á los gusanos, necesitó la corrupción para ir viviendo.

O'Donnell debió creerse que no tenía substitución posible en el gobierno; y seamos justos, si lo creyó así, no le faltaron razones para creerlo. Y véase qué triste combinación: lo mismo que lo incapacitaba en el poder para representar la autoridad y el respeto á la ley, era lo que le servía de base para mantenerse en el mando. La hazaña del Campo de Guardias era á la vez su desgracia y su fortuna.

En cualquiera otra época menos corrompida, en cualquiera otra sociedad menos desquiciada, habría sido el general O'Donnell un hombre muy á propósito para gobernar honradamente á España; pero en los tiempos presentes no se atrevió á hacer útiles sus cualidades, y en cambio se agrandaron sus defectos. El hombre que, según su propia expresión, *se jugó la cabeza* en 1854 por derribar á un gobierno que ciertamente no fué peor que el suyo, no se atrevió en 1858 á jugarse el poder, salvando á la sociedad española del virus corrosivo que falsas libertades habían infiltrado en sus entrañas.

Quiso el bien, y empleó los peores medios; su militarismo, que llegó á ser omnipotente al terminarse la guerra de África, no sirvió más que para sostener la dominación de un partido escéptico. A la sombra de sus bayonetas triunfantes pudo hacer la demagogia la predicación y la propaganda de sus más desenfrenados errores, y mientras la espada del duque de Tetuán mantenía la materialidad del orden público, circulaban por las últimas capas del pueblo las sordas corrientes del socialismo asolador, urdiéndose nuevas conspiraciones, tanto más terribles y más fero-

ces, cuanto que eran la horrible consecuencia de los principios establecidos. Podía decirse con exactitud que iba delante del motín para evitar desórdenes.

Entre tanto el festín de Baltasar continuaba, y aunque los cuatro mil millones estaban agotados y la unión liberal dividida en diversas fracciones, roto el *tacto de codos* de las mayorías compactas, y aunque Ríos Rosas había lanzado sobre la cabeza del ministerio su *Delenda est Cartago*, y Cánovas del Castillo había pronunciado su terrible *pan-liberalismo*, y aunque, en fin, el sentimiento público, deslumbrado hasta entonces por las apariencias, empezaba á entrever la desastrosa realidad de las cosas, todavía le quedaban á O'Donnell dos elementos para mantenerse en el poder; eran éstos el ejército, cuya fidelidad al caudillo de Vicálvaro parecía incorruptible, y toda aquella parte de furiosos partidarios á que se dió la denominación de *guardia negra*.

Sobre estas dos piedras angulares formó O'Donnell su último ministerio; y en verdad que con solo el ejército hubiera podido pasar en la presidencia del Consejo de Ministros el resto de sus días.

Pero el 22 de junio de 1866, oculto en las obscuridades de lo que está por venir, venía á más andar, y era el día destinado por la Providencia á la expiación de muchas faltas, de muchos errores y de muchas torpezas.

Ya Prim, sublevando dos escuadrones de caballería en Ocaña, hizo ver en los primeros días de enero de aquel mismo año que los mil setecientos caballos de Vicálvaro no habían perdido del todo la costumbre de sublevarse. Este suceso, que por de pronto no tuvo más consecuencias que el doble paseo militar ejecutado por los rebeldes y sus seguidores desde Aranjuez á la raya de Portugal, en vez de abrir los ojos del general O'Donnell, sólo sirvió para aumentar su ceguera funesta y su deplorable confianza.



Ya se ve, el abandono en que sus mismos parciales dejaron á Prim, por razones que no son de este lugar, y el celo con que el general Vega impidió que la sedición se propagara á los regimientos de caballería acantonados en Alcalá, redujeron la sublevación de Ocaña á una ridícula intentona, y el gobierno se adjudicó entera la gloria de aquel triunfo moral. Mas si la persecución de los rebeldes no fué tan enérgica como debió ser, en cambio los periódicos adictos al ministerio se despacharon á su gusto, concitando el horror público contra los sublevados, que marchaban muy tranquilamente camino de Portugal. Entonces dijeron que entraban en el plan de la conspiración los presidiarios de Alcalá, especie que verdadera ó falsa corrió de boca en boca, causando indignación, pero no sorpresa. Pronto veremos cómo seis meses después la confirmó en cierto modo el general O'Donnell desde la tribuna del Congreso.

Pasó este primer relámpago de la tempestad que se acercaba; cantó la unión liberal su triunfo; convocó alrededor del gobierno á todas las fuerzas conservadoras de la nación; pidió auxilio á la sociedad, amenazada en sus más caros intereses, y O'Donnell se creyó más fuerte en el momento precisamente en que iba á faltarle su último recurso.

Amaneció, en fin, el 22 de junio de 1866, y comenzó la expiación.

Madrid se despertó conmovido al estruendo de la artillería, los puntos estratégicos de la población se hallaban erizados de barricadas, los gritos de las turbas armadas anunciaban un día más de desolación y de sangre... «¡Viva Prim!» Ésta era toda la bandera de la rebelión... Dos regimientos del cuartel de San Gil habían comenzado esta nueva fiesta de la *libertad* asesinando á los oficiales reunidos en el cuarto de banderas y á otros jefes que acudían

á sus puestos. No es posible saber lo que pasaría por el alma del general O'Donnell en aquel momento en que, creyendo seducida á toda la guarnición, sólo pudo tener confianza en la guardia civil, acerbamente vituperada por él mismo dos años antes.

Con una escolta de esta fuerza se lanzó á la calle. Ya Serrano, protegido por Narváez, se había apoderado del cuartel de San Gil, y comenzó la lucha. La base de la rebelión eran los dos regimientos de artillería sublevados; pero dirigidos por los sargentos y desmoralizada la tropa, fueron rechazados de la *Puerta del Sol*, sin que consiguieran tomar la casa de Correos, y en pocas horas perdieron las cuarenta y ocho piezas que habían sacado del cuartel, huyendo desalentados los que no cayeron prisioneros. Destrozada y vencida esta fuerza en todos los encuentros, el paisanaje armado no llevó más allá su resistencia, y á las cinco de la tarde la sublevación estaba completamente dominada.

Sería una injusticia insigne negarle á las cualidades militares del general O'Donnell el honor de aquella sangrienta jornada. Su actividad y su energía contuvieron la sedición, aislándola en los dos regimientos del cuartel de San Gil; su presencia en los sitios principales del combate impidió nuevas traiciones y animó el espíritu del soldado, haciendo sentir á todos la indignación de que debía estar poseída su alma. Pero ¡ah! empezaba á cumplirse la ley de la expiación..., y tan señalada victoria fué su gran derrota. No bastaba ser vencedor, era preciso también ser juez; la ley ultrajada le exigía al triunfo el castigo de los culpables; la sangre derramada pedía sangre, y el general victorioso tuvo que dejar la espada del combate para empuñar la espada de la justicia. Se organizaron los consejos de guerra, y á sus rápidas sentencias siguieron los fusilamientos.

Tres días después, pidiendo el duque de Tetuán la sus-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA  
"ALFONSO REYES"  
10do. 1625 MONTERREY, MEXICO



pensión de las garantías constitucionales, decía en el Congreso:

«Hoy puede asegurar el gobierno lo que ya dije en otro tiempo: que si el hecho primero ha empezado por una sublevación militar, los partidos progresista y democrático son los que han sostenido esta conspiración y los que la han llevado á cabo. Hoy no pueden esconderse detrás de la cortina, hoy han hecho actos públicos que han escandalizado al país, que los hacen responsables ante los tribunales y la opinión pública indignada. Ellos han detenido á jefes que iban á unirse á sus cuerpos; oficiales de todas graduaciones han sido maltratados y aun asesinados despiadadamente; se ha encontrado á individuos de esos partidos que figuran en los comités como representantes de un gobierno provisional, otros han sido vistos mandando las barricadas; es decir, que hoy el velo se ha descorrido, y no pueden echar la responsabilidad sobre los desgraciados que sufren en este momento el castigo que han merecido por su inmenso crimen; pero por grande que éste sea, no por eso dejan de ser simples instrumentos, y no puede echarse sobre ellos solos la responsabilidad con que han ensangrentado las calles de la capital »

¡Ah!.. ¡Necesitaba el general O'Donnell el sangriento testimonio de los sucesos del 22 de junio para que se descorriera á sus ojos el velo! Empezaba á ver claro el caudillo de la unión liberal, pero ya era tarde. Más adelante exclamaba:

«¡Ay de ese desventurado pueblo si hubiese podido triunfar por dos horas siquiera la revolución! Los horrores de la revolución francesa no se hubiesen parecido en nada á lo que habría pasado aquí; en medio de los excesos de aquella revolución había un principio de patriotismo, y aquí no existían más principios ni otro objeto que el saqueo, el asesinato y la desaparición de los fundamentos sociales: ese

era el único móvil que dominaba en esas masas; no aspiraban á otro objeto ni proclamaban otro principio.»

Un diputado, adicto entonces al gobierno, y su intérprete en aquel momento, añadía:

«La necesidad del proyecto de ley, su urgencia, su imprescindible necesidad, está escrita con sangre en las calles de Madrid; la está pregonando el luto y el desconsuelo de multitud de familias. A esas es necesario preguntarles si el sentimiento unánime de todos los hombres honrados de la monarquía española no exige que no se consienta que los promovedores de esos motines lancen á las calles sus miserables instrumentos, para que mañana sufran éstos la severidad de las leyes, mientras los instigadores tienen la cobarde habilidad de ocultar sus personas y eludir la acción de la ley.»

La semilla sembrada por la sedición militar de 1854 mostraba en 1866 su horroroso fruto; á los mil setecientos caballos de Vicálvaro contestaban las cuarenta y ocho piezas de artillería del cuartel de San Gil.

El *Diario Español* preguntaba:

«¿Puede nunca creer nadie que los sediciosos del 22 son hombres que obedecen á otra cosa que al puñado de oro que les dan los turbulentos ambiciosos que explotan su miseria y sus malos instintos para satisfacer sus ruindades?..»

El mismo periódico decía:

«Para vivir así, mejor sería que desapareciéramos; para vivir sin artes, sin industria, sin comercio, hollado todo derecho, siempre á la merced del más fuerte ó del más afortunado, usurpando á la libertad su augusto nombre para dárselo á la más vergonzosa de las licencias; para vivir así, repetimos, siendo el ludibrio y el escándalo de Europa, preferible es cien veces desaparecer del mapa de las nacionalidades; que más vale dejar de ser por completo, que arrastrar una vida tan odiosa y miserable.»



También decía el mismo periódico que «con la sombra de la bandera revolucionaria se cobijaban hombres que, salidos de lo más abyecto de la hez social, el triunfo significaba para ellos un gran reparto de botín.»

Triste es decirlo; pero tales fueron los sucesos del 22 de junio de 1866, juzgados por los mismos que dos años después habían de ser cómplices de aquellos rebeldes y se habían de servir de los mismos instrumentos.

La caída del ministerio O'Donnell no se hizo esperar; y aunque reconozco que la gravedad de los acontecimientos, constitucionalmente hablando, lo arrastraban fuera del poder, yo lo hubiera mantenido en el mando, porque era preciso hacer con él la última prueba. Si había sido útil en su ceguedad, mucho más útil podía ser á la nación y al trono una vez iluminado su entendimiento con la triste luz de tan terrible desengaño. Mas téngase en cuenta que es regla constante en los gobiernos parlamentarios la caída de los ministerios que, aunque triunfen, tengan que andar á tiros con los revoltosos: es de necesidad lógica en el constitucionalismo moderno romper inmediatamente la espada que se ha empleado en castigar á los culpables. El castigo que se hace necesario, que se hace indispensable, se hace á la vez odioso, porque si tranquiliza y satisface á la sociedad alarmada y ofendida, aumenta al mismo tiempo el rencor de los conspiradores vencidos.

Triste suerte es la de los gobiernos parlamentarios; expuestos siempre á las turbulencias de los descontentos, perecen si la rebelión triunfa, y caen si la vencen, y caen más pronto si la castigan. Tristísima condición es también la de los reyes constitucionales, que, después de castigadas las sediciones, tienen que sacrificar á los manes de los delincuentes vencidos al hombre que ha salvado á la sociedad y al trono de los horrores de un motín triunfante. Entre los partidos políticos que se disputan el mando, por

condición de su naturaleza, el castigo es impopular, la ley los encoleriza y la justicia los indigna. La severa figura que ha sabido vencer y castigar horroriza á los partidos conspiradores. Un ministro manchado con la sangre de los delincuentes es un ministro muerto.

Constitucionalmente considerado el caso, O'Donnell debía caer, y cayó... Le había faltado el ejército, que era su último recurso, para flotar sobre el teje maneje de los partidos; se hizo para la revolución tan odioso como Narváez, y se le consideró inútil para ir tirando con nuevas transacciones. En una palabra, cayó por su propio peso.

Si la historia le hace justicia, será severa con sus faltas, compadecerá su suerte, y lo mostrará como ejemplo de los hombres que, pudiendo sobreponerse á las miserias y á los errores de su tiempo, se dejan llevar por las corrientes agitadas de las mezquinas ambiciones.

Pudo ser el hombre de la nación, y no fué más que el jefe de un partido; partido antipático al sentimiento público.

Mas si no supo emplear en bien de la patria y en su propia gloria las cualidades con que el cielo le había dotado, supo al menos morir á tiempo para no ser testigo de la última catástrofe.

Tal vez su muerte anticipó los sucesos de septiembre de 1868; tal vez se hubiera visto comprometido en ellos por la frenética impaciencia de sus partidarios.

Sobre su sepultura han pasado rápidamente los honores que la unión liberal se apresuró á tributarle, como pasan todas las pompas y las vanidades de la tierra. Su partido lo dejó en el último asilo, cerró su sepulcro, y voló en busca de un nuevo jefe que lo elevara otra vez á las dulzuras del mando.

¡Qué pocos de sus más ardientes cortesanos se acuerdan ya de aquel hombre poderoso que, como antes Nar-



váez, tuvo en su mano los destinos de la patria!.. Casi al mismo tiempo lo han olvidado sus amigos y sus enemigos; éstos porque ya no les estorba, aquéllos porque ya no les sirve... Á lo menos los partidos que él venció con las armas en la mano, una vez en 1856 y otra vez en 1866, han echado un velo sobre su memoria y no ultrajan su nombre. Pero los que cantaron con ardiente entusiasmo uno y otro triunfo, aprovechándose de victorias á tanta costa ganadas, no han vacilado un instante en hacer causa común con sus más fieros enemigos... ¿No es este un ultraje hecho á la memoria del general O'Donnell?... ¿Sería este triste detalle el último término de la expiación decretada por la Providencia?..

Nosotros, que no fuimos sus cortesanos en la fortuna ni sus detractores en la desgracia, recordamos aquí su nombre con sincera pena, y tributamos á su memoria el homenaje de una noble compasión y de un justo respeto.

## CAPITULO II

### LA BARRICADA

Ha sido preciso buscar la continuación de nuestro relato en los sangrientos sucesos de 1866, porque en ellos encontramos, como en su propio lugar, á uno de los personajes que hemos visto aparecer en la primera parte de este libro, y que nos es absolutamente indispensable para proseguir la narración comenzada, por el papel importante que le veremos desempeñar en el curso sucesivo de nuestra historia.

Tal vez si aquellos acontecimientos no hubieran ocurrido, no habría tenido ocasión de suceder lo que vamos á referir, y en tal caso yo nada tendría que contar.

Antes de amanecer aquel día, que no fué por cierto el último de nuestras desdichas, las gentes que trasnochan pudieron ver las primeras sombras de la tempestad que se venía encima. Grupos de siniestras figuras cautelosamente amparados, ya en una esquina, ya en otra, en orden estratégico, anunciaban que el sol, pronto á aparecer en el horizonte, debía alumbrar terribles escenas. El centro directivo de la conjuración, servido á la vez por diversos emisarios, debió lanzar su última orden, pues casi á un mismo tiempo comenzaron los sordos trabajos de las barricadas por todo el ámbito de la población.

En una de las calles que, por su posición, debía ser objeto de los primeros ataques, y que hasta entonces había